

TERRA. Revista de Desarrollo Local

e-ISSN: 2386-9968

Número 12 (2023), 200-208

DOI 10.7203/terra.12.26171

IIDL – Instituto Interuniversitario de Desarrollo Local

Reseña. Una agenda de paz para tiempos turbulentos

Claudia Garcia-Petit Monserrat

Instituto Interuniversitario de Desarrollo Local (Universitat de València, España)

claugar8@alumni.uv.es



Esta obra se distribuye con la licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional

SECCIÓN RESEÑAS

Reseña. Una agenda de paz para tiempos turbulentos

Resumen: Ante un total cambio de paradigma con relación al movimiento por la paz desde el siglo pasado hasta la actualidad, Vicenç Fisas expone brevemente un decálogo para ir atacando punto por punto la revisión necesaria que urge en la materia. Una agenda de paz para tiempos turbulentos sintetiza algunos de los temas candentes a tener en cuenta en los próximos años como las luchas por el poder, el cambio climático o el surgimiento de posibles conflictos armados. No obstante, más allá de interpelar a los Estados y a sus gobiernos, subraya con inteligencia la necesidad de contar con los movimientos sociales y políticos, así como con una ciudadanía consciente y activa. Entiende que la situación actual necesita de unos esfuerzos multidimensionales capaces de poner en práctica soluciones a problemas globales, en donde se necesita la presencia de todos los actores involucrados.

Palabras clave: Innovación, ciencia, empresa, sistema de innovación, innovación social.

Recibido: 21 de marzo de 2023

Devuelto para revisión: -

Aceptado: 22 de marzo de 2023

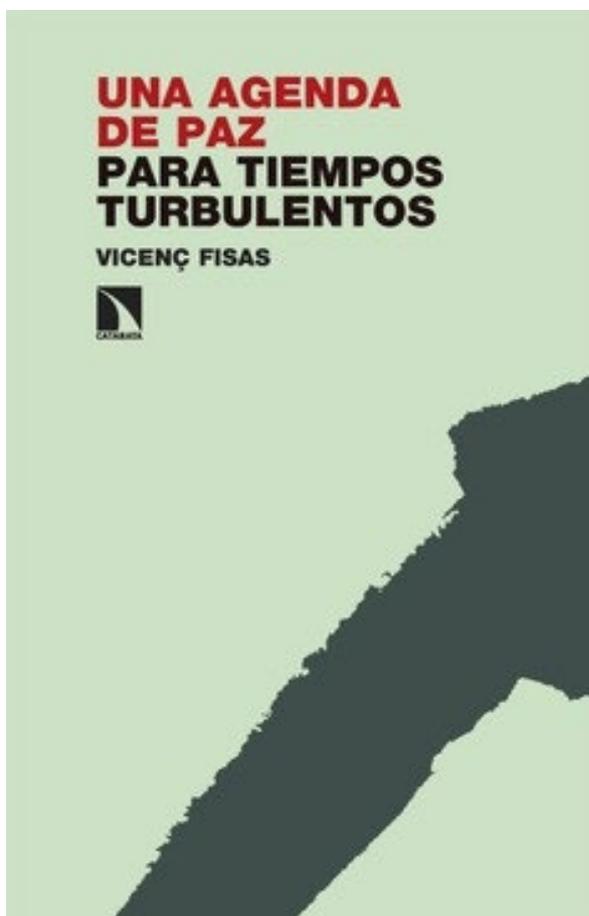
Referencia / Citation:

Garcia-Petit, C. (2023). Reseña. Una agenda de paz para tiempos turbulentos. *TERRA. Revista de Desarrollo Local*, (12), 200-208. DOI 10.7203/terra.12.26171

Vicenç Fisas

UNA AGENDA DE PAZ PARA TIEMPOS TURBULENTOS

Madrid (España). Catarata, 2023, 176 pp.



En la época tan globalizada en la que vivimos, encontrar soluciones cada vez más globales y que incluyan a más actores se vuelve una necesidad. La situación actual nos exige pensar más allá de nuestras propias fronteras (p. 9), planteando procesos de cambio realmente transformadores, que ataquen a la raíz directa de los problemas y consigan cambios en las estructuras históricamente injustas. Si bien es cierto que estas soluciones pueden variar enormemente dependiendo de la perspectiva de quién las proponga y del contexto al que se intenten aplicar, Vicenç Fisas pone sobre la mesa una serie de asuntos que deberían ser tenidos en cuenta por el conjunto de la población mundial.

Partiendo de la perspectiva del movimiento mundial por la paz, uno de los grandes escollos a superar es la resistencia de las grandes potencias a cualquier modificación en el orden internacional establecido. Este sistema

se erige sobre una dinámica de relaciones de poder entre las grandes e intermedias potencias, que históricamente lidera Estados Unidos y el cual se resiste fervientemente a los cambios que proponen otras como China y Rusia. De esta forma, el tablero geopolítico mundial se balancea entre aquellos que quieren mantener el sistema actual y aquellos que quieren cambiar el orden por otro más multipolar y representativo de los intereses de otras potencias y de los países del Sur global (p. 9).

No obstante, si vivimos en un mundo tan globalizado, ¿no van estas problemáticas más allá de los Estados? ¿No sobrepasan todos estos problemas los límites del tablero? Ahí es donde intenta llegar Fisas, exponiendo que lo que hace falta es una gestión compartida de todos los conflictos existentes, incluyendo tanto a actores estatales como no estatales, e incluso opina que sería conveniente que fueran organizaciones no estatales quienes tomaran la iniciativa en este diálogo pendiente (p. 11). Asimismo, interpela a la acción de organismos internacionales como la ONU, la cual tampoco ha dado con soluciones concretas y solamente ha sido capaz de proponer ideas cargadas de buenas intenciones, pero que no persiguen ningún cambio estructural.

Así, el autor se centra en los movimientos sociales como el único actor con capacidad suficiente para ejercer una presión real, a través de una sociedad civil realmente movilizadora. Con esta presión, los Estados están obligados a actuar y proponer

soluciones reales sobre las problemáticas globales como: el calentamiento global, la necesidad de promover una buena gobernanza, mejorar la gestión de los conflictos, el desarme y la desmilitarización, el desarrollo de los pueblos, los derechos humanos y la lucha contra la violencia que se ejerce contra las mujeres (p. 19). Todas estas, a su vez, serían el decálogo a seguir por una nueva y mejorada Agenda de Paz, adecuada a cada territorio.

Además de exponer qué se tiene que hacer, también nos expone algunas de las barreras a superar, como el sistema capitalista. Su objetivo principal, aumentar exponencialmente la acumulación de capital, sin importar de qué manera, solo queda como camino viable el de la transformación del propio capitalismo. Sin embargo, ¿sería posible una destrucción total del sistema para comenzar de nuevo? Incluso, ¿sería aconsejable? De igual manera, manifiesta la necesidad de internacionalizar el movimiento por la paz, así como la necesidad de pensar globalmente y actuar localmente. Esto podría significar el inicio de un germen de una ética global, una ética cívica transnacional (p. 26) pero ¿tiene el movimiento por la paz capacidad suficiente de crear una ética global en la que confluyan todos los intereses? ¿Es factible una transnacionalización de la moral?

En este sentido, nos muestra lo que podríamos considerar como una utopía donde crear un nuevo contrato social. Dentro de este nuevo contrato, se incluirían todos los valores de justicia social, igualdad, solidaridad... es decir, todo lo que nos hace falta para romper con el sistema y sus hegemonías, con las formas de dominación y conseguir una justicia global. Además, romper con todo significa crear un espacio de comunicación y debate común con todos aquellos actores no estatales, tales como empresas, fondos y grupos económicos, que tienen una enorme capacidad de influir y decidir. En definitiva, se reconsidera el cambio a un sistema multipolar, donde el problema ya no es la existencia o no de reglas, sino la falta de voluntad para cumplirlas y hacerlas cumplir (p.42) y apunta que el problema ya no es cómo redactarlas, sino cómo se hace, ya que no debe de generar ambigüedades ni ser formas de penetración a escala global (p. 47).

En definitiva, la obra propone una hoja de ruta para la creación de una nueva forma de relacionarse entre personas y con el planeta, contando con una sociedad movilizadora y concienciada. Así, en cada capítulo Vicenç Fisas se centra en problemáticas concretas a solucionar para alcanzar un nivel de paz mundial óptimo, siempre teniendo en cuenta el sistema de dominación y las relaciones de poder existentes que pueden ser de mayor o menor ayuda en la tarea. Así, el primer capítulo se centra en el calentamiento global y la justicia climática, consecuencia del colapso al que hemos llevado a la Tierra. Nuestro modo de vida y el funcionamiento del sistema se erigen sobre la explotación del planeta, lo que ha llevado a su asfixia y al agotamiento de sus límites. Vivimos en un sistema con procesos productivos extremadamente nocivos para el medio ambiente, lo que provoca un aumento de los fenómenos climáticos adversos, cada vez más asiduos.

Lo más preocupante con respecto de la justicia global y estos fenómenos son sus repercusiones, con desigualdades territoriales, siendo mucho más graves en aquellos contextos de mayor vulnerabilidad. De la misma manera, las obligaciones no se reparten de forma equitativa, puesto que la salud del planeta recae mayoritariamente sobre el comportamiento de unos pocos, como China, Estados Unidos, India, Rusia y Japón, que hasta el momento han podido actuar con total impunidad sin asumir ninguna responsabilidad. Esto es solamente una muestra más de nuestro modelo desigual e insostenible, donde en 2020 el 10% más rico de la población mundial generó el 52% de

las emisiones de carbono acumuladas y el 50% de la población más pobre generó tan solo el 7% (p. 57). Con este contexto, el autor subraya la estrecha relación que guarda la crisis climática con los derechos humanos, ya que el derecho a la vida es inseparable a la calidad ambiental y la pervivencia de los ecosistemas (p. 50), pero no se lleva a cabo ninguna acción para preservar este derecho. Por lo tanto, la solución más inmediata es la de avanzar hacia la descarbonización de la economía, especialmente las emisiones del dióxido de carbono.

Seguidamente, el segundo capítulo lo dedica a las guerras y los conflictos armados, los cuales están recobrando importancia en el ámbito internacional y están motivados, mayoritariamente, por la lucha por el control político y territorial. Fisas expone que para conseguir la paz realmente hay que conocer los conflictos, ya que entre 1990 y 2021 el 44% terminaron mediante un acuerdo de paz, y solo el 10,2% mediante la victoria de una de las partes y la derrota de la otra (p. 59). Por tanto, desecha la creencia de que una respuesta armada en un conflicto sea la acción correcta para su resolución. Lo que esto indica es que hace falta una mayor concienciación de los actores con responsabilidad en este ámbito, así como una clara intencionalidad política (p. 62) de resolverlos de forma pacífica.

Profundizando en la materia, expone las causas principales de los conflictos armados: la religión, las demandas de autogobierno, las disputas étnicas, comunitarias y etnopolíticas de identidad, las luchas por el poder político y la marginación. Como vemos, en casi todos los casos las relaciones de poder son la raíz de las disputas, creando conflictos con bandos de excluidos y excluyentes. Además, en muchos de los casos los victimarios son los propios Estados, con gobiernos que ejercen violencia sobre su propia población. En suma, existen otros factores que pueden recrudecer los conflictos, como el género y su utilización como herramienta de guerra. Esto, además de servir como mecanismo de control, es otra forma de mutilación emocional personal y colectiva que incluye el deseo de borrar o estilizar la identidad comunitaria (p. 62).

Así, más allá de exponer cómo se suceden estos conflictos, la gran crítica en este capítulo es que la conocida prevención de conflictos, patrocinada por los organismos internacionales, no ha servido para nada. Más que prevención, de ahora en adelante, el autor propone que se debiera poner el foco en evitar que ocurran atacando directamente a los problemas raíz, tratando las cuestiones estructurales, muy entrelazadas, que necesitan de un tratamiento político y sistémico, no compasivo o paliativo, así como la creación de una extensa red de apoyo que sirva para dar una mayor protección a los actores más extremadamente vulnerables (p. 65). Por ello, la solución solo pasa por realizar una verdadera transformación estructural del sistema, proponiendo unos cambios más cualitativos que cuantitativos, lo que provocará una enorme resistencia de quienes se benefician del *status quo* actual.

Consecuentemente, el autor realiza la primera crítica al orden mundial actual y la necesidad de transición hacia un nuevo modelo, donde el movimiento por la paz tiene su espacio de acción. Fisas sugiere algunas acciones, como la concienciación política y movilización social, que genere contravalores y contratendencias a las actuales, que ayuden a la población a comprender los procesos sistémicos y sinérgicos, la construcción de coaliciones imaginativas y creadoras y trabajar con procesos alargados y de piezas, en una revolución continua (pg. 72). En esta línea, subraya la importancia de que el proceso transformador ocurra dentro de los propios países, de forma endógena, y, sobre todo, exigiendo responsabilidad a los gobiernos que menos luchan por el bienestar de su población.

No obstante, conseguir cambios reales en la sociedad actual es una tarea extremadamente compleja, ya que sus problemáticas se encuentran fuertemente enraizadas en nuestro modo de vida. Así, Fisas utiliza el tercer capítulo para exponer que más allá de los propios conflictos armados se tiene que poner el foco en los distintos tipos de violencia que se ejercen actualmente (ej. política, social o estructural). La violencia es un fenómeno multidimensional, extremadamente adaptable y que se enraíza en el mismo sistema. Además, puede ser ejercido por cualquier actor con poder, lo que apunta directamente a los Estados, sus gobiernos y actores con capacidad de influir en la sociedad.

En este sentido, cabe destacar una de las violencias más utilizadas y es la de invisibilidad a las capas sociales más amplias, que se encuentran en los contextos más vulnerables y no cuentan en los procesos de toma de decisión. Además de este instrumento de violencia, otros factores más recurrentes en la base causal de los conflictos políticos actuales son: los procesos electorales en mitad de las crisis, el autoritarismo y la represión estatal. Por tanto, la violencia no solamente se contempla como una acción en sí misma, sino también como un mecanismo de control, lo que implica que es racional y eso puede convertirla en realmente peligrosa (p. 80).

Un claro ejemplo de violencia y represión, de carácter indirecto y no físico, es la subalimentación crónica la cual la FAO por ejemplo estima que el 42% de la población mundial sufre (p. 81). En definitiva, hacer pasar hambre a una capa extensa de población es un mecanismo claro de violencia. Que un porcentaje tan alto de población no tenga una dieta saludable es, en muchos casos, debido a la mala gestión de su gobierno. Otros ejemplos podrían ser las crisis económicas y sociales, que empeoran con la corrupción, la intolerancia, la polarización y la inestabilidad institucional. Sumando todos estos tipos de violencia, nos quedamos con una enorme insatisfacción de las necesidades humanas básicas de las poblaciones afectadas. Por ello, se puede afirmar que existe una correlación clara entre aquellos territorios que sufren crisis sociopolíticas, corrupción y autocracias, y un alto nivel de pobreza multidimensional. Así, dentro de esta pobreza de muchas caras, cabe prestar atención al rol que juega el género como lo hace el autor en el capítulo cuatro.

Como bien se mencionó anteriormente, el género puede ser crucial en contextos críticos como los conflictos armados. Así, el autor se centra en cómo el patriarcado, como sistema principal, ejerce una dominación e imposición sobre las mujeres y su modo de vida. Este sistema se encuentra tan enraizado que incluso ha formateado la noción de seguridad, la cual se basa en la dominación para defenderse de la diferencia, considerada como amenaza. Así, nuestra forma de vida se ha configurado alrededor del machismo mental (p. 87), lo que provoca y agrava otras problemáticas como la desigualdad en educación, la exposición al maltrato infantil, los trastornos de la personalidad antisocial, el uso nocivo de alcohol, el escaso acceso de la mujer a un empleo remunerado o los bajos niveles de igualdad de género.

Fisas denuncia que la problemática en torno al género, sobre todo, se ve afectada por unas sanciones jurídicas ineficaces. Al no tratarse de castigos lo suficientemente severos equivalentes a los hechos, los actos de violencia sexual quedan impunes, permitiendo que sigan sucediendo. Por ello, la Agenda 2030 estableció varios objetivos para atender esta violencia, entendiendo el problema como un tema estructural más que como un agregado de diversas causalidades. Así, se contempla su resolución como un plan a largo plazo, que necesita plazos dilatados para obtener resultados sistémicos, pues se trata de cambiar mentalidades, tradiciones, ideologías y aspectos culturales y religiosos

con un importante sustrato histórico (p. 93). Con respecto de esta última idea, el autor expone que se necesita una organización basada en una conciencia ética e inconformista ante situaciones de injusticia. Esta es la idea principal que se expone en el siguiente capítulo, dado que actualmente vivimos en un sistema repleto de malos gobernantes, con la ausencia de una democracia real y el abandono de la población, que en muchos casos queda despojada de su carácter de ciudadana y pasa a ser parte del decorado.

Así, la gobernabilidad se convierte en el foco de atención, entendida como la existencia de políticas públicas orientadas al bienestar de las poblaciones, y no al de sus dirigentes o de las élites dominantes (p. 94). Esta se encuentra estrechamente vinculada al ejercicio de poder y a los procesos de toma de decisiones, que deberían de implicar tanto a actores estatales como no estatales. Por tanto, en los contextos con colectivos invisibilizados y vulnerados se podría hablar de la falta de gobernabilidad, así como de la falta de una democracia real. Asimismo, ni los organismos supranacionales son capaces de obligar, de alguna manera, a que los Estados abran sus procesos de participación.

Si los gobiernos abogasen por una correcta gobernanza disfrutarían de un mayor nivel de equidad, transparencia y participación, así como de una mejor protección y promoción de los derechos humanos. Contrariamente, la mala gobernanza produce los conflictos, fomentando contextos en los que los derechos son violados y las poblaciones son cada vez más vulnerables. Por ello, Fisas recalca que, además de abogar por una buena gobernanza, también se debe de buscar el empoderamiento de la población a través del aumento del capital social de las comunidades (p. 103). Así, se busca un proceso de transición más democrático con la creación de un nuevo contrato social, que a largo plazo fortalezca la cohesión social, basado en una armonización en la forma de vida (p. 103).

Como muestran los datos, una transformación más democrática beneficiará el nivel de desarrollo humano (p. 101), lo que también mejoraría los procesos y resultados políticos e institucionales. Así, el autor recalca de nuevo el problema que supone la corrupción para conseguir la paz, ya que, aunque haya países que no se consideren corruptos como tal, continúan sirviendo como refugio a corruptos de otros países (p. 100). No obstante, los datos también muestran que no existe una relación clara entre democracia y derechos humanos, por ello, la prueba real para un Estado es el grado de satisfacción de los derechos humanos, ya que si no se disfrutaban las libertades individuales deberíamos hablar de gobernanza limitada o incompleta, pero nunca de buena gobernanza (p. 101).

Dentro de la relación entre democracia y gobernanza, el capítulo sexto se centra en la influencia de las potencias hegemónicas y el concepto de seguridad, con especial hincapié en lo sucedido recientemente en Europa. La invasión de Rusia a Ucrania implicó un cambio radical en todas las políticas de seguridad y defensa de los países europeos. Este rearme, tanto estratégico como armamentístico, ha supuesto que incluso se pierda la neutralidad de ciertos Estados y el refuerzo de la OTAN. Así, este nuevo paradigma sitúa la geopolítica como elemento esencial en el nuevo esquema de las relaciones internacionales, en especial la rivalidad regional o las malas relaciones entre países vecinos (p. 109). Esta rivalidad se utiliza como mecanismo para deshumanizar al contrincante, quitarles su condición humana y demonizarlos.

Las potencias están conformando unas nuevas doctrinas de seguridad, así Estados Unidos se encuentra realizando un repliegue hacia el interior, priorizando el desafío que representan China y Rusia para el orden mundial tradicional. Por otro lado, estas buscan instaurar un nuevo orden mundial multipolar, pero desde puntos de vista distintos. Primero, China entiende que el sistema tiene que ser multipolar, pero sin permitir que

se dé una injerencia de actores externos en los asuntos internos de cada Estado, y se opone al uso de violencia, al proteccionismo y a los actos de intimidación. No obstante, entiende que, por su historia, tiene derecho a luchar por la reunificación completa de China.

Por otro lado, Rusia sigue siendo considerada una potencia, pero con notables insuficiencias. Como hemos visto recientemente, Rusia tiene gran capacidad de expresión, de presionar y de llevar a cabo actuaciones violentas. Sin embargo, cuando nos adentramos en el terreno económico, comercial o tecnológico su capacidad se ve más reducida. Al igual que China, entiende que tiene legitimidad para invadir otros territorios que les fueron arrebatados, y pretende frenar la extensión de la OTAN dentro de Europa, así como expandir su influencia en Asia Central y África. Como reacción, la OTAN ha incrementado sus presupuestos en defensa y ha militarizado sus fronteras, para controlar los flujos migratorios.

Sin embargo, parte de estos recursos que se van a utilizar para estas medidas de control provienen del Fondo Europeo de Apoyo a la Paz, y serán utilizados para limitar la movilidad de las personas y el rearme de los Estados. Esto no solamente es contradictorio, sino que, en vez de promover la paz y prevención de conflictos, otorga razones para sentirse amenazados en cualquier situación de conflicto. Además, destinar más recursos al rearme significa dedicar menos recursos a otras políticas públicas de carácter social. Fisas subraya la posibilidad de mejorar el bienestar de la población con los “dividendos del desarme” (p. 122), pero resulta inimaginable con la influencia que tiene la industria armamentística en la economía de los Estados.

Como solución, Fisas propone reavivar el concepto de seguridad compartida, desde la ilusión por buscar alternativas no violentas o relacionadas con las armas para conseguir una paz mundial. Se necesitaría llevar a cabo un proceso de plazos largos, conformando un proceso gradualista y que realmente contenga acuerdos de carácter vinculante, reconociendo la multipolaridad del mundo y la necesidad de colaboración de todos. Sin embargo, volvemos a la situación en la que no todos los actores tenemos la misma responsabilidad ni capacidad de influir en el proceso. En este sentido, el séptimo capítulo se centra en el desarrollo, las desigualdades y la justicia social. Principalmente, expone cómo las grandes potencias son capaces de provocar desigualdades desproporcionadas, tanto entre y dentro de los países. Estas desigualdades no dejan de aumentar y, mientras que, se pueden reducir a través de impuestos a las grandes fortunas y a las multinacionales, la desaparición de paraísos fiscales o la transparencia contra el blanqueo de capitales, todavía existen muchos actores que se oponen a estas medidas.

Estos mecanismos han provocado un sistema de ocultación de la riqueza que solamente beneficia a unos pocos, permitiendo el saqueo de las naciones y la extracción de grandes cantidades de recursos naturales y activos financieros (p. 139). Así solamente es posible que la desigualdad siga aumentando, provocando mayor pobreza, desigualdad socioeconómica, falta de oportunidades, privaciones, desempleo, etc. Por ello, Fisas retoma la idea ya expuesta sobre la necesidad de convertir el desarrollo en un proceso interno, que abogue por la autosuficiencia de los territorios y con instituciones políticas lo suficientemente eficaces para acabar con procesos como la baja fiscalidad o la corrupción.

Además, pone en cuestión el papel de la ayuda internacional, ya que, si de primeras no incluye a la población beneficiaria, no será de utilidad real, y además deberá de evitar que se cree una dependencia de los donantes. Por ello, vuelve al planteamiento de empoderar a las comunidades, de ayudarlas a transformar realmente las relaciones de

poder desiguales para salir de esas situaciones de vulnerabilidad donde se convierten en dependientes de las ayudas externas. En definitiva, defiende que hace falta descolonizar la ayuda (p. 148) y que deje de funcionar como un sistema de dominación más, erradicando la desposesión de las poblaciones y el fortalecimiento de las autocracias.

A su vez, realiza una crítica a mandatos de instituciones supranacionales, como el FMI y BM, que solo han servido para imponer ajustes estructurales y reducir partidas de carácter social. Así, en el siguiente capítulo, expone que los derechos humanos realmente no se encuentran del todo blindados a nivel internacional. El autor se apoya en el hecho de que 35 países que cuentan con derecho a voto en la Asamblea General de la ONU, pudiendo también ser elegidos para el Consejo de Seguridad, no han ratificado todos los instrumentos de derechos humanos (p. 156). ¿A dónde nos lleva esto? Pues nos presentamos ante una situación de desprotección del 54% de la población mundial, cuestionando de forma inmediata la universalidad de los derechos humanos globalmente. Además, no solo estos son vulnerados, sino también las personas que los defienden siendo violentadas con regularidad, perseguidas y represaliadas. Por tanto, la clave se encuentra en aumentar la participación de los colectivos más vulnerables en la reivindicación de sus derechos, en un mayor conocimiento de los derechos exigibles y en la construcción de unas nuevas relaciones entre estado y sociedad (p. 163).

Estas acciones son algunas de las que se tendrían que llevar a cabo también para atacar la problemática que se trata en el siguiente capítulo: la lucha contra los “enemigos”, que pueden ser fabricados y lo son, por parte de aquellos que necesitan una población con miedo para gobernar. Como hemos ido viendo, la deshumanización del contrincante es un mecanismo muy utilizado, y los enemigos se fabrican, y cuando no existe, es preciso construirlo (pg. 165). Así, la demonización del otro permite una manipulación de las masas con claros objetivos políticos. Lo pueda parecer o no, este mecanismo tiene una relación directa con los mecanismos de defensa, ya que permite crear una barrera psicológica para separar al contrincante y retroalimentar la desconfianza que crea entre sí.

Finalmente, el autor utiliza el último capítulo para realizar un pequeño resumen sobre todos los puntos presentados y que debe contener la nueva agenda del movimiento por la paz. Son muchas las acciones que se deben de llevar a cabo, sin embargo, podemos destacar la necesidad de instaurar sistemas más democráticos y socialmente justos, promover la buena gobernanza y la rendición de cuentas como mecanismo clave para controlar a los gobiernos. Partiendo de unas instituciones funcionales y justas seremos capaces de buscar soluciones a estas problemáticas globales, así como a la necesidad de luchar unidos, ya que nos encontramos tremendamente interconectados, sin importar nuestra situación geográfica o clase. Como expone a lo largo de la obra, se trata de instaurar una ética común y unas normas de convivencia generales, así como blindar el respeto y la protección de los derechos humanos

Claudia Garcia-Petit Monserrat

Instituto Interuniversitario de Desarrollo Local (Universitat de València, España)